

África tras la Segunda Guerra del Golfo

La prensa de los países del Norte sólo se acuerda de África cuando enumera los conflictos bélicos que allí se producen. La República Democrática del Congo, Sudán, Somalia, Sierra Leona, Liberia... son países difícilmente situables en un mapa por un europeo culto. La opinión pública de los países del Norte sabe que allí hay conflictos y los atribuye a una sola causa: el tribalismo, cuando en realidad la mayoría de ellos son herencia de la guerra fría o consecuencias de ella. A corto plazo la nueva orientación de la única superpotencia mundial puede resultar beneficiosa para la estabilidad y la paz; a largo plazo la solución no es el petróleo.

África es el continente olvidado, sólo recordado a la hora de contabilizar las víctimas de sus numerosos conflictos bélicos. El más grave de ellos, el que ha tenido por escenario la República Democrática del Congo (RDC) desde el año 1996, ha causado unos 3,5 millones de muertos según la ONU. Ha sido, a la vez, una guerra civil e internacional, ya que han participado en ella los ejércitos de seis países

africanos, además de las guerrillas locales. Se han firmado varios acuerdos de paz —el último el 2 de abril pasado, que debía iniciar la transición política, acuerdo saludado por Kofi Annan como «la mejor ocasión, desde el comienzo del conflicto, para restablecer la paz y promover la reconciliación nacional»—. Sin embargo sólo unos días antes, las agencias anunciaban la entrada en el país de al menos 20.000 soldados ruandeses con la intención de expulsar a los ugandeses —sus antiguos aliados— de la ciudad de Bunia; y el día 6 del mismo mes la ciudad fronteriza de Bukavu era atacada desde la vecina Ruanda. Basten estos dos ejemplos recientes para dar una idea de la inestabilidad de la situación. Cualquier hipótesis sobre el futuro de la región estará, por tanto, afectada de un amplio margen de imprevisibilidad.

Otros conflictos que se están eternizando son los de Sudán —19 años de enfrentamientos entre el Norte arabizado y el Sur de cultura negro-africana— y Somalia, donde los señores de la guerra se disputan los jirones de un Estado moribundo. Otros países con graves enfrentamientos internos son Sierra Leona, Liberia, la República Centrafricana (donde un golpe de Estado desplazó, en la segunda quincena de marzo pasado, al presidente Patassé, tras años de guerra civil), Senegal, Uganda, Ruanda, Burundi, Chad, Eritrea... Sólo uno de estos largos conflictos, el de Angola (27 años de guerra civil y medio millón de víctimas), ha terminado con la muerte en el campo de batalla (febrero de 2002) del jefe rebelde y la rendición de su ejército.

Guerras económicas

La opinión pública de los países del Hemisferio Norte atribuye con excesiva ligereza todos estos conflictos a una sola causa: el tribalismo, cuando en realidad una buena parte de ellos son herencia de la guerra fría entre los bloques capitalista y comunista o consecuencia de una especie de «desregulación» en las relaciones internacionales que se hizo sentir tras la caída del muro de Berlín. El petróleo y otras riquezas del subsuelo de la RDC (la mayoría muy fáciles de explotar y transportar, como el oro, los diamantes o el coltan) son las que han

África tras la Segunda Guerra del Golfo

atraído a contrabandistas internacionales, suministradores de armas, mercenarios, honorables multinacionales y Estados vecinos, algunos de los cuales han invocado razones «preventivas» en favor de su propia seguridad, al mismo tiempo que gozaban de la protección de la superpotencia mundial. «Las guerras que se suceden en nuestro país son guerras económicas. La riqueza del subsuelo congoleño es codiciada por poderosos, que avivan el fuego de los focos de tensión y de división para hacerse con ella», denunciaba, en febrero pasado, el Comité Permanente de los obispos de la RDC.

Sin embargo, no es el pasado –ni la discusión acerca de las causas de tal pasado– lo que en este momento nos interesa, sino la pregunta sobre las previsibles consecuencias que puede tener sobre el continente africano (al Sur del Sáhara) la Segunda Guerra del Golfo y la nueva estrategia unilateral de los EE UU contra el «terrorismo internacional» y los «Estados canallas». ¿Contribuirá esta nueva estrategia a cortar en seco los conflictos africanos y a integrar a todo el continente en la producción y el comercio mundiales?

El corto plazo puede mejorar

En el corto plazo, la nueva orientación de la única superpotencia mundial puede resultar beneficiosa para la estabilidad y la paz en África. Ya ha dado un primer resultado positivo con el final de la guerra civil de Angola. Durante un cuarto de siglo habían fracasado tres intentos serios de firmar la paz. Esta vez, el rebelde Savimbi, antiguo aliado de los EE UU en la época de la guerra fría, pudo ser localizado por los servicios secretos de los mismos EE UU y acribillado a balazos en una emboscada. El 11-S había impuesto un cambio de estrategia: se trata en adelante de favorecer la estabilidad y de suprimir las zonas incontroladas.

En consecuencia, la administración de Bush está interesada en terminar con las consecuencias del terrible genocidio cometido en Ruanda en 1994. Ha puesto precio a la entrega de los diez principales genocidas. Y

ha prometido a este país equipar a su ejército con nuevo armamento para apartarlo de otras aventuras militares en la RDC y evitar al mismo tiempo que el descontento de las tropas tenga efectos desestabilizadores. Al mismo tiempo, presiona a través del FMI y del Banco Mundial con la amenaza de no hacer efectivos los préstamos anunciados mientras queden tropas ruandesas en el Congo. El ruandés Kagame sabe que la aventura congoleña está llegando a su fin. A finales de julio pasado Kagame y Kabila, el jefe de Estado de la RDC, fueron invitados a firmar en Pretoria un protocolo que había de poner término a unos problemas a los que no se encontraba solución desde hacía cuatro años.

El mismo Kabila, poco después, se desplazaba a la capital de Angola, donde, con la mediación del presidente Dos Santos, firmó un acuerdo de paz con Uganda. Pocos días después, Museveni, jefe de Estado de Uganda, sorprendía a todo el mundo al declarar que el Congo no representaba ya ningún problema de seguridad para su país (con esa excusa había justificado la ocupación de buena parte del Nordeste congoleño), por lo que se comprometía a retirar de allí sus tropas. A fines de setiembre pasado, los ruandeses llevaban a cabo una aparatosa retirada del Congo. Kabila, por su parte, mantenía bien vigilados en sus cuarteles de Katanga a los hutus ruandeses, que más que una amenaza constituían una moneda de cambio. Y un genocida ruandés era puesto a disposición del Tribunal Internacional de Arusha (Tanzania).

¿Por qué se producían tantos gestos de paz en tan poco tiempo, tras años de enfrentamientos? «El árbitro [EE UU] había pitado el fin del encuentro», interpretaba un observador bien informado (también podía haber «pitado» antes y así habría evitado cuatro años en los que «la miseria de la población ha alcanzado un nivel insoportable» y se han cometido «las atrocidades más indignas», como denunció a mediados del pasado febrero el Comité Permanente de los Obispos de la RDC). Finalmente, durante el mes de octubre, ugandeses, angoleños, zimbabuos y burundeses salían también con armas y bagajes –seguramene bien repletos de botín– del territorio congoleño. Pero, antes de irse, todos ellos dejaban «redes de elite» para seguir

África tras la Segunda Guerra del Golfo

explotando los recursos del Congo. Todavía el 31 de marzo del año en curso, *Amnistía Internacional* denunciaba que «continúan los homicidios y la tortura de civiles desarmados, las violaciones de mujeres y el reclutamiento de menores en regiones donde los combates entre grupos armados y milicias son constantes» (Servicio de noticias 074/03).

De todas maneras, Kagame y Kabila están condenados a entenderse. Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones, porque el cinismo de los políticos africanos está a la altura del que exhiben los líderes mundiales, como lo demuestra el reciente retorno del ejército ruandés al Congo. Otro tanto puede decirse de los políticos congoleños, «la vergüenza del Congo, a quienes apenas preocupa la suerte del pueblo», en palabras de los obispos congoleños, ya que han conculcado cuantos acuerdos de paz han firmado en estos años, a pesar de que no existían dificultades insalvables entre ellos.

Fuera del África Central, el régimen islamista de Sudán recibió también un claro aviso de los EE UU, en el sentido de que, si para marzo de 2003 (ya se le ha cumplido el plazo) no firmaba la paz con los rebeldes del Sur, multiplicaría por tres su ayuda a las poblaciones sureñas (una manera diplomática de avisar de que apoyaría a la guerrilla del «Ejército Popular de Liberación del Sudán»).

Queda claro que Bush quiere, en primer lugar, que el continente africano esté en orden y bien controlado, de manera que los Estados africanos no puedan servir de base a futuros terroristas internacionales. Desde varias poblaciones del Nordeste del Congo, donde las guerrillas se han mostrado más activas, había vuelos casi diarios en dirección a Dubai y los demás emiratos del Golfo. Más aún, se comprobó que las redes de Al Qaeda contaban con cómplices en los vastos territorios del África central y que conocidos traficantes de armas, como Victor Bout o Sanjivan Ruprah, cercanos a los talibanes, habían hecho de Goma (en la frontera entre Ruanda y la RDC) una de sus bases de operaciones. Esas zonas opacas constituían riesgos inaceptables. Por ello, la autoridad del Estado congoleño, menospreciada hasta la fecha en provecho de las

«fuerzas del mercado», encuentra ahora una nueva legitimidad y nuevos apoyos.

Aunque todos los acuerdos firmados por los beligerantes africanos han demostrado una gran fragilidad –y por ello las poblaciones interesadas no abandonan un amargo escepticismo–, lo importante es que parece haber empezado un nuevo proceso orientado hacia la paz. Los señores de la guerra saben que en adelante pueden conocer la misma suerte que el angoleño Savimbi o el serbio Milosevic. La Corte Penal Internacional tendrá que ocuparse un día de los crímenes cometidos en la RDC desde 1996. Porque la impunidad tiene un precio demasiado alto para las poblaciones civiles, como pudo comprobarse en Sierra Leona.

En el largo plazo la solución no es el petróleo

El largo plazo, en la estrategia de la superpotencia norteamericana relativa a África, gira en torno a tres ejes: la búsqueda de una potencia regional aliada, la recuperación de unas bases militares –incluso la creación de alguna nueva– y el petróleo, que es el objetivo principal de los EE UU en el continente africano.

La República Sudafricana (RSA) parecía la potencia regional indicada para colaborar en la nueva estrategia de los EE UU. Su PIB representa la cuarta parte del de toda el África negra. La celebración en su territorio de las cumbres de la ONU sobre el sida (2000) y el racismo (2001), de la cumbre de la Unión Africana (julio 2002) y de la Cumbre Mundial sobre la Tierra (agosto 2002) la han proyectado ante el mundo entero como un país moderno y una nación nueva en plena expansión. Su política exterior, muy ligada a los EE UU y a la Gran Bretaña, la predestinaba a proporcionar un anclaje sólido a la «pax americana». Sin embargo su mediación en los conflictos africanos ha puesto en evidencia su gran desconocimiento de dichos conflictos e incluso del continente en que viven, sin duda por culpa del aislamiento de los largos años de lucha contra el *apartheid*. Su ejército –poderoso en

África tras la Segunda Guerra del Golfo

décadas pasadas— se encuentra en proceso de desegregación racial y, por tanto, debilitado e impresentable en los países vecinos; sólo ha sido capaz de enviar 800 soldados a Burundi en una misión casi testimonial de proporcionar escolta a los políticos hutus recién llegados del exilio a formar parte del gobierno de unidad nacional. En conjunto, el actual presidente Thabo Mbeki ha dilapidado en buena parte el capital de simpatía internacional del que disfrutaba la RSA en tiempos de Nelson Mandela y ha decepcionado a no pocos países africanos por su arrogante desconocimiento del continente negro. También los EE UU se han cansado de esperar unos resultados tangibles de su prometida acción estabilizadora.

Y prefieren ahora apoyarse en Angola, un país mucho más pobre y, además, devastado por una larga guerra civil, pero cuya actual estrategia, de prevención contra la vuelta a la lucha armada de cualquier facción de la derrotada UNITA o de los independentistas del enclave petrolero de Cabinda, coincide con la de la administración Bush. Además, Angola cuenta con un potente ejército que acaba de salir victorioso de la guerra civil. A cambio de una asistencia militar, este ejército estaría mejor capacitado que el sudafricano para garantizar los intereses occidentales. Sin embargo, los largos años de contienda civil, los hábitos propios de las llamadas «democracias populares» y el oro negro han hecho de Luanda un régimen autocrático y corrupto.

Por lo que se refiere a las bases militares, los EE UU esperan poder contar con dos bases importantes situadas en la RDC (este vasto país ocupa el centro mismo del continente): las de Kitona y Kamina. Esta última jugó un papel muy importante en tiempos del presidente Mobutu, aliado del campo occidental durante la guerra fría, para apoyar a la guerrilla de UNITA, frenar al gobierno prosoviético de Luanda y también a los países que combatían el régimen racista de la República Sudafricana. Además, el gobierno norteamericano proyecta construir una nueva base naval en las islas de Sao Tomé y Príncipe, destinada a controlar todo el Golfo de Guinea, que se ha convertido en un nuevo Eldorado petrolífero.

Las grandes reservas petrolíferas de Arabia Saudí han dejado de constituir una fuente segura para la enorme demanda de los EE UU,

por su supuesta ambigüedad ante el terrorismo islámico. Esta circunstancia tiene mucho que ver con la Segunda Guerra del Golfo y, también, con el nuevo interés por el petróleo africano. El *National Intelligence Council* calcula que dentro de diez años el petróleo de África del Oeste cubrirá el 25% de la demanda norteamericana (hoy cubre ya el 16%). Las reservas potenciales del Golfo de Guinea son tan importantes como las del Pérsico, con la ventaja de que están situadas en agua profunda, lo que permite explotarlas y transportarlas con menores riesgos. La producción de varios países crece de año en año. Se trata de Angola, Congo-Brazzaville, Gabón, Camerún y Guinea Ecuatorial, ninguno de ellos perteneciente a la OPEP, y además Nigeria. Por otra parte, se han encontrado importantes reservas en Chad, en Uganda y en la RDC.

El porvenir seguirá siendo incierto

El continente africano podría dejar próximamente de ser el continente olvidado. No obstante, a estas alturas, ningún político africano puede llegar hasta tal punto de ingenuidad como para pensar que el interés o la amistad de los EE UU vayan a constituir una auténtica esperanza de salvación. Estrechos colaboradores de Norteamérica (Osama Bin Laden, Sadam Husein, los talibanes afganos, Savimbi...) pasaron a ser sus enemigos declarados. La política exterior norteamericana parece en muchas ocasiones interesarse solamente por la solución a corto plazo de los problemas y no le preocupa demasiado el que, al intentar solucionar uno, crea otro mayor. Hoy los EE UU apoyan a un dictador brutal y corrupto, como Teodoro Obiang Nguema de Guinea Ecuatorial, que les garantiza un país bien sujeto y petróleo abundante.

Países africanos sumidos en la miseria y ahogados por la deuda empiezan a hacer acopio de dólares gracias al petróleo. Pero es bien sabido que el oro negro impulsa más fácilmente la corrupción y la contaminación que el desarrollo. Para empezar, crea muy pocos puestos de trabajo. Una minoría verá bruscamente subir su nivel de vida, pero el resto de la sociedad probablemente lo único que verá subir será el precio de los productos de primera necesidad.

África tras la Segunda Guerra del Golfo

África necesita, en primer lugar, una nueva generación de dirigentes políticos que no se vendan al primer postor y no hagan de la permanencia en el poder su único objetivo. Lo dijo ahora hace tres años el nigeriano Wole Soyinka, premio Nobel de Literatura: «Los líderes africanos están hundiendo a sus pueblos en el abismo». Y añadía: «Líderes como Robert Mugabe de Zimbabue preferirían ver a sus países en llamas antes que abandonar el poder». Semejantes desastres se están produciendo en un mundo que ha erigido en principio supremo la inviolabilidad de la soberanía de cada Estado y la ley del más fuerte. «¿Podemos permitirnos –concluía Soyinka– unas Naciones Unidas abandonadas, desacreditadas o despojadas de su influencia moral? En tal caso, el mundo que veremos será un conglomerado de fuerzas violentas en conflicto, y no sólo en África». La profecía del premio Nobel se está cumpliendo en estos momentos.

Finalmente, desde el punto de vista económico, para que un país sea viable, no basta con exportar, aunque sea petróleo. En proporción a su producto bruto, África ya exporta mucho más que los países ricos, pero exporta productos agrícolas y materias primas cuyo valor relativo es cada vez menor con respecto a los productos de alta tecnología de los países más avanzados. No es sostenible –ni siquiera a base de misiles Tomahawk– crear un planeta de *Silicon Valleys*, intercomunicados entre sí que excluye de las redes de información y riqueza a la mayoría de la humanidad, cosa que todavía se insiste en querer hacer. Así, pues, es de temer que el nuevo interés que despierta el continente africano no sea suficiente para sacarlo de la marginación en que se encuentra. ■